

## Pescadonírico

Cierta relación hay entre la mañana que se mostraba como sola intención antes del crepúsculo y el escrito que nunca se escribió, pero que da pie a los hechos que conforman el siguiente cadáver. Si bien alguna vez lo pude mirar a mucho detalle, el tiempo ha borrado de mi memoria la mayoría de sus matices; queda únicamente lo que a continuación relato.

Mi juventud era inquieta pero no mis movimientos, que describían más a una persona cuidadosa, temerosa para algunos, que gustaba de sentirse segura y alejada de los riesgos. Mi nombre, hoy en desuso, solía ser Soledad. Desde que fui madre comenzó un proceso de desintegración de mi individualidad, que culminaría al convertirme en abuela. No me causa conflicto.

El párrafo anterior no es para asustarse, ya que lejos están estas páginas de ser una autobiografía que a nadie pueden interesar; la mención de tal metamorfosis cumple sólo con el objetivo de comunicar la más transparente razón por la cual pude coincidir en ese tiempo y en ese lugar, con los hechos que son relevantes y justifican la lectura presente. Hay sutilezas que no se pueden vivir en compañía.

Ahora empiezo. Dada la condición de haber habitado un cuerpo femenino de belleza grande en proporciones, colores, texturas y aromas, era muy difícil pasar desapercibida por la naturaleza animal masculina, tanto como por la envidia y territorialidad femenina; prefería vestir de ropa holgada que me aportara cierta apariencia de un muchacho desgarrado e inofensivo. Digno de ser ignorado. Mi voz adolescente no despertaba sospechas.

Así arropada llegué al puerto inesperado después de una caminata que había comenzado poco después de la media noche. Como ya dije, el momento crepuscular de la mañana aún era conjetura. En esa sociedad y en esa época, era augurio de mala fortuna el que una mujer fuera parte de la tripulación de cualquier embarcación, que se adentrara a las aguas del mar que tenía a mis pies. Subí tras la invitación del hombre que planeaba salir de pesca por su propia cuenta.

“Anda muchacho, vamos, que así podremos charlar un rato mientras recogemos lo que este charco tenga para darnos”.

No fueron necesarios más de dos minutos para que mi capitán me identificara como un fuereño. Fue el tiempo que tardé en sorprenderme de que el equipo de pesca comprendiera grandes cuadernos de hojas voluminosas a rayas (con espiral para la comodidad del pasar de las mismas), así como

algunas agujas metálicas que más parecían largos utensilios para la escritura; quince o veinte tarros de vidrio con tamaños diversos entre la medida de la palma de mi mano y la del largo de la tibia de mi pierna derecha; un recipiente cuyo contenido se asemejaba al barniz o al pegamento. Nada de cañas, redes, cuerdas, anzuelos, hilos, cubetas, o artefactos que podrían haberse esperado para las funciones que en teoría estábamos destinados a cumplir.

Lejos de fastidiar a mi interlocutor, que se había presentado bajo el nombre de Estuardo, la pregunta acerca de cómo íbamos a pescar con esas herramientas, le pareció una oportunidad para demostrar su sabiduría y superioridad sobre los terrenos líquidos en que nos encontrábamos.

“Observa bien qué y cómo lo hago, que de nada sirve la teoría en estos rumbos; todo lo es la práctica”

Comenzó a pasar el tiempo a través de un silencio que no me atreví a romper, pues parecía que era parte fundamental del proceso. Mi mente no se pudo quedar en su lugar, por lo que recorría recuerdos, suposiciones, deseos de futuro, interrogantes... En cierto momento, no sé cómo fue de seguro, me percaté de que Estuardo experimentaba el mismo vaivén interior; ambos mirábamos directamente al agua, que ahora reflejaba una incipiente tonalidad del día que ocuparía los cielos pronto.

Despegué la mirada del agua para observarlo a él, siguiendo sus instrucciones, que había olvidado seguir durante un rato; por favor que no se diera cuenta de mi desobediencia. Sus ojos cambiaron de enfoque sin cambiar de dirección y con la mano derecha tomó uno de los tarros para llenarlo de agua de la superficie.

Tuvo cuidado de colocar el frasco de vidrio en una posición que, por el paso de la luz del cielo, me mostrara claramente el contenido. De principio me pareció que sólo había líquido, pero después pude notar algo en su interior que se movía tan rápidamente, que por eso no era fácil de distinguir. Tomó con la izquierda una de las agujas e introdujo la punta redondeada hasta media profundidad del frasco. Lo que había en el agua fue tomando consistencia y solidez, formando un remolino alrededor, hasta adherirse por completo al metal. Sacó el aguja y arrojó el agua restante del tarro al mar.

Tras colocar cuidadosamente el recipiente de vidrio vacío junto a los otros, acercó la punta ahora negra al cuaderno inmediato que esperaba abierto en una página nueva. Su mano escribió pero en una manera que parecía que la punta del aguja era la que lo guiaba, y la mano no era más que un elemento de sujeción. Quedó una frase compuesta por nueve palabras que no pude alcanzar a leer, escrita en el cuaderno.

“Esto es un plumanzuelo”, fue la frase que escuché mientras me mostraba cómo su aguja había quedado perfectamente limpia.

Creyendo haber entendido de lo que se trataba seleccioné uno entre los frascos, de mediano tamaño, y capturé algo de agua de la superficie, siguiendo mecánicamente el ejemplo. Coloqué el frasco con iluminación conveniente, pero no se hacía visible ningún contenido más allá del líquido original. Introduje un plumanzuelo, también con mi izquierda, pero nada. Sólo había agua.

“Muchacho, creo que no has entendido bien, aquí lo que estamos pescando son nuestros pensamientos y no palabras que naden por ahí. El agua de este mar contiene la sustancia esencial que permite a las ideas convertirse en materia, por eso es tan singular.”

Observé de nueva cuenta el comportamiento de Estuardo, que se repitió sin variable alguna. Otra frase fresca yacía inmóvil en seguida de la primera, pero esta contaba 11 palabras que leí perfectamente pero no pude memorizar por más que hice el intento; hasta ese día mi memoria fotográfica adornaba mi existencia; nunca más.

Dejé de prestar atención al entorno y permití que mis pensamientos fluyeran en tanto mis ojos descansaban sobre la superficie del agua. Algo apareció ahí flotando con movimientos autónomos y lentamente siguiendo una cadencia difícil de descifrar. Realicé lo consecuente logrando que en el frasco hiciera presencia algo más que agua. Tomé un plumanzuelo y pude sentir en mi mano cómo esa tinta negra se amalgamaba con la punta. Aún con los ojos cerrados lo habría sentido, siendo que el movimiento causado por este encuentro no era mayor que el desplazamiento que podría afectar a una gran roca al ser golpeada por el vapor que sale de una taza de té hirviendo.

No fue mi mano la que se acercó a *mi* cuaderno, vacío hasta ese instante, sino un efecto magnético que la colocó en posición y distancia precisas para que mi pensamiento resbalara hasta descansar en la hoja; la frase se imprimió en un idioma que no conocía, pero que pude entender cabalmente. Estuardo me dijo que estaba en español, pero no le creí.

Transcurrieron un par de horas y el astro rey ocupaba ya un lugar predominante sobre el horizonte. Eran ya muchas hojas las que se habían utilizado por cada uno de los dos; fue incómodo para mí escuchar la noticia de que había sido una buena pesca, y suficiente para emprender nuestro viaje de regreso a la costa.

“Siempre es triste, jovencito, saber que aquello que uno pesca está muerto desde uno o dos minutos después de salir del agua. Por más vivo que parezca, o por más vida que ayude a sobrevivir cuando se convierta en alimento”.

Mi silencio no fue tal que Estuardo interpretara que lo ignoraba, más bien le resultó la prueba de que había muchas reflexiones en mi interior. Por

su mirada entendí que él podía comprender lo que se encontraba en mi mente; verme desnuda de esa manera trasladó cierta heladez desde lo más profundo hasta mi superficie dérmica, provocando un escalofrío.

“Así es: tal cual un pescado crudo o cocinado se muestra en el plato del comensal, es como nuestros pensamientos se presentan escritos ante el posible lector. Están totalmente muertos y estáticos. El raciocinio es el cubierto con el que lo podemos manipular hasta engullirlo, pero la vida de nuestro pensamiento acabó al salir de nuestra mente y quedar en palabras.”

La extrapolación de su metáfora recorría mis neuronas en diferentes sentidos y niveles. Los libros que había leído y leería no son más que cementerios abarrotados, que cobijan la degradación y corrupción de la materia que le da sentido a su existencia de camposantos. Por supuesto, eso que se escribió alguna vez, ya no cambió más mientras se alejaba irremediablemente en su estaticidad, de la evolución del lenguaje y el pensamiento. ¿Quién ahora leería la versión original del Quijote, y lograría entender aunque fuera un par de capítulos en su totalidad? Muy pocos. Muy pocos leerían la versión original y basta. Resulta tentador comprender desde la facilidad de una adaptación literaria, e incluso desde la interpretación manifestada por medio de otras disciplinas del arte o medios de comunicación. Todos conocemos a Sancho Panza.

“Te has dado cuenta, por lo que veo, de que la vida que surge de las palabras escritas no tiene nada que ver con la vida que alguna vez habitó en esos pensamientos. De que su transformación es similar a la que sufre la fruta que desayunaste, para convertirse en carne humana”.

Me invadió un vértigo muy parecido al que había experimentado hacía tan sólo unas cuantas semanas, cuando viera la sangre en mis calzoncillos proveniente de mi primera menstruación. Acto reflejo fue mirar hacia abajo para ver qué estaba sucediendo; nada.

“Vaya, eres una chica disfrazada de chico. Aún así te hubiera invitado a subir en contra de toda usanza y reglamentación marítima, ya que la superstición para mí es observancia tanto como la ley me es rebeldía”.

Permanecí en silencio pero ya sin escalofríos. Inexorable la conjetura: con decepción comprendí que toda vida que yo veía en los libros, era la mía y la de nadie más. No me transportaban a ningún lado sino que mi naturaleza pretendía darles una importancia que no tenían. Lo importante era mi proceso interno y eso me hacía sentir una extremada Soledad.

Cada vez que uno escribe su pensamiento lo asesina como a un pez o a un pollo; hay quienes también los desangran ¿Por qué entonces me habían mentido diciéndome que escribir inmortalizaba el pensamiento? Tenía ganas

de llorar pero me las aguanté esperanzada en que ese acto pudiera hacer recapacitar a Estuardo sobre mi género.

No logré saber nada más; llegamos a nuestro punto de partida y al bajar me fue prohibido tácitamente cargar con cualquier objeto que se encontrara en la embarcación; el botín recolectado era para alimento de los habitantes del pueblo al cual pertenecía Estuardo. Me despedí con la amabilidad que se enseña a las personas educadas, y el agradecimiento de quien realmente aprecia algo que le ha sido regalado.

Mi decisión fue la de no escribir una palabra más durante el resto de mi vida, evitando así la muerte de miles de inocentes, y seguí estoicamente este propósito por décadas. Esto tampoco me causa conflicto. Si hoy he roto mi compromiso no es por un asunto de moralidad dual, olvidada o extraviada; mucho menos por rebeldía o por demencia senil.

Según me dijo el médico hace unos minutos, no me queda más de una hora de vida. El siguiente cadáver soy yo. Siempre he creído lo que dicen, que cuando alguien muere se va con otros, que en este caso son palabras: mortajas de mis últimos pensamientos.

Y es que nadie realmente muere en Soledad.

*Fernando Helguera, 2019*